

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 1. EL MISTERIO DEL PRINCIPIO EN LA TEOLOGÍA DEL CUERPO

ESQUEMA

1)	CATEQUESIS 1: LOS FUNDAMENTOS DE LA FAMILIA A LA LUZ DE CRISTO	1
2)	CATEQUESIS 11: LAS EXPERIENCIAS PRIMORDIALES DEL HOMBRE	3
3)	CATEQUESIS 15: EL SIGNIFICADO «ESPONSAL» DEL CUERPO HUMANO	5
4)	CONCRETANDO	8
5)	PRÁCTICA FAMILIAR	8

1) *Catequesis 1: Los fundamentos de la familia a la luz de Cristo*

1. Desde hace algún tiempo están en curso los preparativos para la próxima Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en Roma en el otoño del próximo año. El tema del Sínodo: «De muneribus familiæ christianæ» (Misión de la familia cristiana), centra nuestra atención sobre esa comunidad de vida humana y cristiana, que desde el principio es fundamental. Precisamente de esta expresión, «desde el principio» se ha servido el Señor Jesús en el coloquio sobre el matrimonio, citado en el Evangelio de san Mateo y en el de san Marcos. Queremos preguntarnos qué significa esta palabra «principio». Queremos también aclarar por qué Cristo se remite al «principio» justo en esa circunstancia y, por tanto, nos proponemos un análisis más preciso del correspondiente texto de la Sagrada Escritura.

2. Durante el diálogo con los fariseos, que le presentaban la cuestión sobre la indisolubilidad del matrimonio Jesucristo se ha referido por dos veces al «principio». El diálogo se ha desarrollado del modo siguiente: «se acercaron a Él unos fariseos que para ponerle a prueba le preguntaron: ¿es lícito a un hombre repudiar a la mujer por cualquier motivo? El respondió: “¿no habéis leído que el Creador desde el principio los creó varón y hembra y dijo: por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”. Le dijeron: “entonces ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?” Jesús les respondió: “Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así» (Mt 19,3 ss; cf. Mc 10,2 ss). Cristo no acepta la discusión al nivel en que sus interlocutores intentan plantearla. En cierto sentido no aprueba la dimensión que ellos han querido dar al problema. Evita enredarse en las controversias jurídico-casuísticas; y en cambio se remite por dos veces «al principio». Actuando así, hace una clara referencia a las correspondientes palabras del libro del Génesis, que



también sus interlocutores conocen de memoria. De aquellas palabras de antiquísima revelación, Cristo saca la conclusión y el diálogo se cierra.

3. «Principio» significa, por tanto, aquello de lo que habla el libro del Génesis. Y en consecuencia Gn 1,27, que Cristo cita de forma resumida: «El Creador desde el principio los creó varón y hembra», mientras que el fragmento original completo suena textualmente así: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó ». A continuación el Maestro se refiere a Gn 2,24: «Por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre; y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne». Citando estas palabras casi «in extenso», por entero, Cristo les confiere un significado normativo todavía más explícito (puesto que podría mantenerse la hipótesis de que en el libro del Génesis suenen como afirmaciones de hecho: «abandonará... se unirá... serán una sola carne»). El significado normativo es admisible en cuanto que Cristo no se limita solamente a la cita en sí misma, sino que añade: «Así que ya no son dos sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido no lo separe el hombre». Ese «no lo separe» es determinante. A la luz de esta palabra de Cristo, Gn 2,24 enuncia el principio de la unidad e indisolubilidad del matrimonio como el contenido mismo de la palabra de Dios, expresada en la más antigua revelación.

4. Llegados a este punto podría sostenerse que el problema está exhaustivamente resuelto, que las palabras de Jesucristo confirman la eterna ley formulada e instituida por Dios desde el «principio», como creación del hombre. Podría también parecer que el Maestro, al confirmar esta ley primordial del Creador, no hace sino establecer exclusivamente su propio sentido normativo, refiriéndose a la autoridad misma del primer Legislador. No obstante, esa expresión significativa: «desde el principio», repetida dos veces, induce claramente a los interlocutores a reflexionar sobre el modo en que el hombre ha sido plasmado en el misterio de la creación, como «varón y hembra», a fin de entender correctamente el sentido normativo de las palabras del Génesis. Y esto no es menos válido para los interlocutores de hoy, como lo fue para aquéllos de entonces. Por tanto, en el presente estudio, considerando todo esto, debemos ponernos precisamente en la posición de los actuales interlocutores de Cristo.

5. Durante las sucesivas reflexiones de los miércoles en las audiencias generales, buscaremos, como interlocutores actuales de Cristo, detenernos más pausadamente en las palabras de San Mateo (19,3 y ss). Para responder a la indicación que Cristo ha encerrado en ellas, trataremos de penetrar en ese «principio» al que se refirió de modo tan significativo; y así seguiremos de lejos el gran trabajo que sobre este tema justamente ahora emprenden los participantes en el próximo Sínodo de los Obispos. Junto con ellos toman parte numerosos grupos de pastores y de laicos, que se sienten particularmente responsables de la misión que Cristo encomienda al matrimonio y a la familia cristiana: misión que Él ha puesto siempre, y pone también en nuestra época al mundo contemporáneo. El ciclo de reflexiones que iniciamos hoy, con la intención de continuarlo durante los sucesivos encuentros de los miércoles, tiene también como fin, entre otros, acompañar, por decirlo así, de lejos, los trabajos preparatorios del Sínodo, pero no abrodando directamente su tema, sino dirigiendo la atención a las raíces profundas de las que brota.

2) *Catequesis 11: Las experiencias primordiales del hombre*

1. Se puede decir que el análisis de los primeros capítulos del Génesis nos obliga, en cierto sentido, a reconstruir los elementos constitutivos de la experiencia originaria del hombre. En este sentido, el texto yahvista es una fuente peculiar por su carácter, una fuente peculiar. Al hablar de las originarias experiencias humanas, tenemos en la mente no tanto su lejanía en el tiempo, sino más bien su significado fundante. Lo importante, por tanto, no es que estas experiencias pertenezcan a la prehistoria del hombre (a su «prehistoria teológica»), sino que están siempre en la raíz de cada experiencia humana. Esto sigue siendo verdad, aun cuando en el desenvolverse de la ordinaria existencia humana no se preste mucha atención a estas experiencias esenciales. Están tan entrelazadas con las cosas ordinarias de la vida que en general no nos damos cuenta de su grandeza. Por medio de los análisis hechos hasta ahora hemos ya podido darnos cuenta de que cuanto hemos llamado al inicio “revelación del cuerpo” nos ayuda de algún modo a descubrir el carácter extraordinario de lo ordinario. Ello es posible porque la revelación (aquella originaria, que ha sido expresada primero en la narración yahvista de Génesis 2-3, y después en el texto de Génesis 1) toma en consideración precisamente *estas experiencias primordiales, en las que aparece de manera casi completa la absoluta originalidad* de lo que es el ser humano varón-hembra: en cuanto hombre, es decir, también a través del cuerpo. La experiencia humana del cuerpo, tal y como la descubrimos en los textos bíblicos citados, se encuentra ciertamente en el umbral de toda la experiencia “histórica” sucesiva. Esta experiencia, sin embargo, parece también apoyarse sobre una profundidad ontológica tal que el hombre no la percibe en la propia vida cotidiana, aunque al mismo tiempo, y en cierto modo, la presupone y la postula como parte del proceso de formación de la propia imagen.

2. Sin esta reflexión introductoria, sería imposible precisar el significado de la desnudez originaria y afrontar el análisis del Génesis 2, 25, que suena así: « los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza». A primera vista, la introducción de este detalle, aparentemente secundario, en el relato yahvista de la creación del hombre puede parecer algo inadecuado y desfasado. Cabría pensar que el pasaje citado no puede sostener la comparación con lo que se trata en los versículos precedentes y que, en cierto sentido, sobrepasa el contexto. Sin embargo, en un análisis profundo, tal juicio no se mantiene. En efecto, Génesis 2,25 muestra uno de los elementos-clave de la revelación originaria, tan determinante como los otros textos genesíacos (2,20 y 2,23), que ya nos han permitido precisar el significado de la soledad originaria y de la unidad originaria del hombre. A estos se añade, como tercer elemento, *el significado de la desnudez originaria*, claramente puesto en evidencia en el contexto; *y esto, en el primer esbozo bíblico de la antropología, no es algo accidental*. Al contrario, es precisamente la clave para su plena y completa comprensión.

3. Es obvio que precisamente este elemento del antiguo texto bíblico da a la teología del cuerpo una aportación específica, de la que no se puede prescindir bajo ningún concepto. Nos lo confirmarán los posteriores análisis. Pero, antes de comenzarlos, me permito observar que precisamente el texto de Génesis 2, 25 exige de modo expreso unir a las reflexiones sobre la teología del cuerpo la dimensión de la subjetividad personal del hombre; es en este ámbito, en efecto, donde se desarrolla la conciencia del significado del cuerpo. Génesis 2, 25 habla de

ello de manera mucho más directamente que otras partes del texto yahvista, que hemos definido ya como primera descripción de la conciencia humana. La frase según la cual los primeros seres humanos, varón y mujer, «estaban desnudos» y sin embargo «no sentían vergüenza», describe indudablemente su estado de conciencia; aún mejor, su recíproca experiencia del cuerpo, es decir, la experiencia por parte del hombre de la femineidad que se revela en la desnudez del cuerpo y, recíprocamente, la análoga experiencia de la masculinidad por parte de la mujer. Afirmando que «no sentían vergüenza» el autor intenta describir esta *recíproca experiencia del cuerpo con la máxima precisión que le es posible*. Se puede decir que este tipo de precisión refleja una experiencia básica del hombre en sentido «común» y precientífico, pero esto corresponde también a las exigencias de la antropología y en particular de la antropología contemporánea, que gusta referirse a las denominadas experiencias de fondo, como la experiencia del pudor (1).

4. Al aludirse aquí a la precisión del relato, tal como le era posible al autor del texto yahvista, se nos induce a reflexionar sobre los grados de experiencia del hombre «histórico», cargado de la herencia del pecado. Estos parten metodológicamente, sin embargo, precisamente del estado de inocencia originaria. Ya constatamos anteriormente que, al referirse «al principio» (que aquí hemos sometido a sucesivos análisis contextuales), Cristo establece indirectamente la idea de continuidad y de vinculación entre esos dos estados, como si nos permitiese retroceder desde el umbral de la pecaminosidad «histórica» del hombre hasta su inocencia originaria. Precisamente el Gn 2,25 exige de modo particular que se sobrepase ese umbral. Es fácil observar cómo este pasaje, junto con el significado a él inherente de la desnudez originaria, se introduce en el conjunto del contexto de la narración yahvista. En efecto, después de algunos versículos, el mismo autor escribe: «entonces se les abrieron los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; trenzaron hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores» (Gn 3,7). El adverbio «entonces» indica un nuevo momento y una nueva situación consiguientes a la ruptura de la primera Alianza. Es una situación que sigue al fracaso de la prueba vinculada con el árbol de la ciencia del bien y del mal, que al mismo tiempo constituía la primera prueba de «obediencia», es decir, de escucha de la Palabra en toda su verdad y de aceptación del Amor, según la plenitud de las exigencias de la Voluntad creadora. Este nuevo momento o nueva situación comporta también un nuevo contenido y una nueva calidad de la experiencia del cuerpo. De modo que ya no se puede decir: «estaban desnudos, pero no sentían vergüenza». *La vergüenza es aquí, por tanto, una experiencia no sólo originaria, sino «de confín».*

5. La diferencia de formulación que divide Génesis 2,25 de Génesis 3,7 es, por lo tanto, significativa. En el primer caso «estaban desnudos, pero no sentían vergüenza»; en el segundo caso, «se dieron cuenta de que estaban desnudos». ¿Quiere decirse, quizás, con esto que en el primer momento «no se habían dado cuenta de estar desnudos»? ¿que no sabían y no veían recíprocamente la desnudez de sus cuerpos? La significativa transformación atestiguada por el texto bíblico sobre la experiencia de la vergüenza (de la que todavía hablará más el Génesis, especialmente en 3,10-12), se realiza a un nivel más profundo que el del puro y simple uso del sentido de la vista. El análisis comparativo entre Génesis 2,25 y Génesis 3 lleva necesariamente a la conclusión de que aquí no se trata del paso del «no conocer» al «conocer», sino de un *radical cambio del significado de la desnudez*



originaria de la mujer frente al varón y del varón frente a la mujer. Esto surge en sus conciencias como fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal: «¿quién te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿es que has comido del árbol de que te prohibí comer?» (Gn 3,11). Tal cambio se refiere directamente a la experiencia del significado del propio cuerpo frente al Creador y a las criaturas. Y luego se confirma por las palabras del hombre: «he oído tus pisadas en el jardín: he tenido miedo, porque estoy desnudo, y me he escondido» (Gn 3, 10). Pero sobre todo ese cambio, que el texto yahvista delinea de modo tan conciso y dramático, se refiere directamente, quizás del modo más directo posible, a la relación varón-mujer, feminidad-masculinidad.

6. En nuestras reflexiones posteriores deberemos volver a analizar esta transformación. Ahora, llegados a aquel confín que atraviesa la esfera del «principio» al que se ha referido Cristo, debemos preguntarnos si *es posible reconstruir de algún modo el significado originario de la desnudez*, que en el libro del Génesis constituye el contexto próximo de la doctrina acerca de la unidad del ser humano en cuanto varón y mujer. Esto parece posible si *asumimos como punto de referencia la experiencia de la vergüenza*, tal como está claramente presentada en el antiguo texto bíblico: como experiencia «límite».

Trataremos de hacer un intento de esta reconstrucción en nuestras próximas meditaciones.

(1) Cf. por ejemplo: M. Scheler, *Über Scham und Schamgefühl*, Halle 1914; Fr. Sawicki, *Fenomenologia wstydlivosti* (Femenología del pudor), Cracovia, 1949; y también K. Wojtyła, *Milosć i odpowiedzialność*. Cracovia, 1962, págs. 165-185. (En italiano: *Amore e responsabilità*, Roma, 1978. II ed., págs. 161-178).

3) Catequesis 15: El significado «esponsal» del cuerpo humano

1. Continuamos hoy el análisis de los textos del libro del Génesis, que hemos emprendido siguiendo la línea marcada por la enseñanza de Cristo. Recordamos, en efecto, que en el diálogo sobre el matrimonio El se remitió al «principio».

La revelación, unida al descubrimiento originario del significado «esponsal» del cuerpo, consiste en presentar al hombre, varón y mujer, en toda la realidad y verdad de su cuerpo y sexo («estaban desnudos»), y a la vez en plena libertad respecto a cualquier constricción del cuerpo y del sexo. De esto parece dar testimonio la desnudez de los progenitores, interiormente libres de la vergüenza. Se puede decir que, creados por el Amor, es decir, dotados en su ser de masculinidad y feminidad, ambos están «desnudos», porque son *libres con la misma libertad del don*. Esta libertad está precisamente en la base del significado esponsal del cuerpo. El cuerpo humano, con su sexo y su masculinidad y feminidad, contemplado en el misterio mismo de la creación, no sólo es manantial de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que contiene desde «el principio» el atributo «esponsal», es decir, *la capacidad de expresar el amor: precisamente ese amor en el que el hombre-persona se convierte en don y - mediante este don- realiza el sentido mismo de su ser y existir*. Recordamos aquí el texto del último Concilio, donde se declara que el hombre es la única criatura en el mundo visible a la que Dios ha querido «por sí misma», añadiendo que este hombre no puede «encontrar su propia plenitud sino a través de un sincero don de sí» (1).

2. La raíz de esa desnudez originaria libre de la vergüenza, de la que habla Gn 2, 25, se debe buscar precisamente en la verdad integral sobre el hombre. Varón y mujer, en el contexto de su «principio» beatificante, son libres con la misma libertad del don. En efecto, para poder permanecer en esa relación de «sincero don de sí» y para llegar a ser este don el uno para el otro, a través de toda su humanidad hecha de feminidad y masculinidad (también en relación con esa perspectiva de la que habla Gn 2,24), deben ser libres precisamente de este modo. Entendemos aquí la libertad sobre todo como *señorío sobre sí mismos* (autodominio). Bajo este aspecto, ella es indispensable *para que el hombre pueda «darse a sí mismo»*, para que pueda llegar a ser don, para que (refiriéndonos a las palabras del Concilio) pueda «encontrarse plenamente» a través de «un sincero don de sí». Así, las palabras «estaban desnudos pero no sentían vergüenza» se pueden y se deben entender como revelación -y a la vez descubrimiento- de la libertad, que hace posible y califica el sentido «esponsal» del cuerpo.

3. Pero Gn 2,25 dice todavía más. De hecho, este pasaje indica la posibilidad y la posibilidad y la cualificación de esa recíproca «experiencia del cuerpo». Y además nos permite identificar el significado sponsal del cuerpo *in actu*. Cuando leemos que «estaban desnudos pero no sentían vergüenza», casi tocamos, indirectamente, su raíz, y, directamente ya, sus frutos. Libres interiormente de la coacción del propio cuerpo y sexo, libres de la libertad del don, varón y mujer *podían disfrutar de toda la verdad, de toda la evidencia humana*, tal como Dios Yahvé se lo había revelado en el misterio de la creación. Esta verdad sobre el hombre, que el texto conciliar precisa con las palabras arriba citadas, tiene dos acentos principales. El primero afirma que el hombre es la única criatura en el mundo que el Creador ha amado «por sí misma»; el segundo consiste en decir que este mismo hombre, así amado por el Creador desde el «principio», puede encontrarse a sí mismo solamente a través de un don desinteresado de sí. Ahora bien, esta verdad acerca del hombre, que parece captar de modo particular la condición originaria en cuanto vinculada con el «principio» mismo del hombre en el misterio de la creación, puede releerse –basándose en el texto conciliar- en ambas direcciones. Esta relectura nos ayuda a entender todavía mejor el significado sponsal del cuerpo, que aparece inscrito en la condición originaria del varón y de la mujer (según Gn 2,23-25) y en particular en el significado de su desnudez originaria.

Si, como hemos constatado, en la raíz de la desnudez está la libertad interior del don -don desinteresado de sí mismos-, precisamente ese don permite a ambos, varón y mujer, *encontrarse recíprocamente*, en cuanto el Creador les ha querido a cada uno de ellos «por sí mismo» (cf. GS, 24). Así el hombre, en el primer encuentro beatificante, encuentra a la mujer, y ella le encuentra a él. De este modo, él la acoge interiormente a ella; la acoge tal como es querida «por sí misma» por el Creador, como es constituida en el misterio de la imagen de Dios a través de su feminidad; y recíprocamente, ella le acoge a él del mismo modo, como él es amado «por sí mismo» por el Creador, y por Él constituido mediante su masculinidad. En esto consiste la revelación y el descubrimiento del significado «esponsal» del cuerpo. La narración yahvista, y en particular Gn 2,25, nos permite deducir que el hombre, como varón y mujer, entra en el mundo precisamente con esta conciencia del significado del propio cuerpo, de su masculinidad y feminidad.

4. El cuerpo humano, orientado interiormente por el «don sincero» de la persona, no sólo revela su masculinidad o feminidad en el plano físico, sino que revela también *un valor y una belleza que sobrepasan la dimensión simplemente física de la «sexualidad»* (2). De este modo se completa, en cierto sentido, la conciencia del significado esponsal del cuerpo, ligado a la masculinidad-feminidad del hombre. Por una parte, este significado indica una particular capacidad de expresar el amor, en el que el hombre se convierte en don; por otra parte, una capacidad y una profunda disponibilidad para realizar la «afirmación de la persona», es decir, literalmente, la capacidad de vivir el hecho de que el otro -la mujer para el varón y el varón para la mujer- es, por medio del cuerpo, alguien amado por el Creador «por sí mismo», es decir, único e irrepetible: alguien amado por el eterno Amor.

La «afirmación de la persona» no es otra cosa que acogida del don, y mediante la reciprocidad, crea la comunión de las personas; ésta se construye desde dentro, aunque también comprende toda la «exterioridad» del hombre, es decir, todo aquello que constituye la desnudez pura y simple del cuerpo en su masculinidad y feminidad. Por tanto -como leemos en Gn 2,25-, el hombre y la mujer no sentían vergüenza. La expresión bíblica «no sentían» indica directamente «la experiencia» como dimensión subjetiva.

5. Precisamente en esta dimensión subjetiva, como dos «yo» humanos y determinados por su masculinidad y feminidad, aparecen ambos, varón y mujer, en el misterio de su beatificante «principio» (nos encontramos en el estado de la inocencia originaria y, al mismo tiempo, de la felicidad originaria del hombre). Este aparecer es breve, ya que comprende sólo algún versículo en el libro del Génesis; no obstante, está lleno de un contenido sorprendente, a la vez teológico y antropológico. *La revelación y el descubrimiento del significado esponsal del cuerpo explican la felicidad originaria del hombre* y, al mismo tiempo, abren la perspectiva de su historia terrena, en la que él no se apartará jamás a este indispensable «tema» de la propia existencia.

Los versículos siguientes del libro del Génesis, según el texto yahvista del capítulo 3, demuestran, a decir verdad, que esta perspectiva «histórica» se construirá de modo diferente al que aparece en el «principio» beatificante (después del pecado original).

Pero es mucho más necesario penetrar profundamente en la estructura misteriosa, teológica y a la vez antropológica, de tal «principio». En efecto, en toda la perspectiva de la propia «historia», el hombre no dejará de conferir un significado esponsal al propio cuerpo. Aun cuando este significado padezca y padecerá deformaciones múltiples, permanecerá siempre como el nivel más profundo, que exige ser revelado en toda su simplicidad y pureza, y manifestarse en toda su verdad, como signo «de la imagen de Dios». Por aquí pasa también el camino que va desde el misterio de la creación a la «redención del cuerpo» (cf. Rom 8).

Permaneciendo, por ahora, en el umbral de esta perspectiva histórica, nos damos cuenta, claramente, basándonos en Gn 2,23-25, del vínculo que existe entre la revelación y el descubrimiento del significado esponsal del cuerpo y la felicidad originaria del hombre. Así entendido, el significado «*esponsal*» es también *beatificante* y, en cuanto tal, manifiesta, en definitiva, toda la realidad de esa

donación, de la que hablan las primeras páginas del Génesis. Su lectura nos convence del hecho de que la conciencia del significado del cuerpo que se deriva de ellas -en particular de su significado «esponsal»- constituye el componente fundamental de la existencia humana en el mundo.

Este significado «esponsal» del cuerpo humano puede entenderse solamente en el contexto de la persona. El cuerpo tiene un significado «esponsal» porque el hombre-persona es una criatura que Dios ha amado por sí misma y que, al mismo tiempo, no puede encontrarse plenamente si no es mediante el don de sí.

Si Cristo ha revelado al hombre y a la mujer, por encima de la vocación al matrimonio, otra vocación -la de renunciar al matrimonio por el reino de los cielos-, con esta vocación ha puesto de relieve la misma verdad sobre la persona humana. Si un varón o una mujer son capaces de darse en don por el reino de los cielos, esto prueba a su vez (y quizás aún más) que se da la libertad del don en el cuerpo humano. Quiere decir que este cuerpo posee un pleno significado «esponsal».

(1) «Más aún, cuando el Señor Jesús ruega al Padre para que todos sean una sola cosa, como yo y tú somos una sola cosa (*Jn 17, 21-22*), abriéndonos perspectivas cerradas a la razón humana, nos ha sugerido una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (*Gaudium et spes, 24*).

El análisis estrictamente teológico del libro del Génesis, en particular Gn 2, 23-25, nos permite hacer referencia a este texto conciliar. Éste constituye otro nexo entre la «antropología adecuada» y la «teología del cuerpo», estrechamente ligada al descubrimiento de las características esenciales de la existencia personal en la «prehistoria teológica» del hombre. Aunque esto puede encontrar resistencia por parte de la mentalidad evolucionista (incluso entre los teólogos), sin embargo sería difícil no advertir que el texto analizado del libro del Génesis, especialmente Gn 2, 23-25, demuestra la dimensión no sólo «originaria», sino también «ejemplar» de la existencia del hombre, en particular del hombre «como varón y mujer».

(2) La tradición bíblica refiere un lejano eco de la perfección física del primer hombre. El profeta Ezequiel, comparando implícitamente al rey de Tiro con Adán en el Edén, escribe así: «tú eres un modelo de perfección,/ lleno de sabiduría,/ perfecto en belleza; / en el Edén, jardín de Dios...» (*Ez 28,12-13*).

4) Concretando

1. ¿Qué significa el Principio? ¿Por qué Cristo se remite al Principio?
2. ¿Qué son las experiencias originarias?
3. ¿Cuáles son los significados principales del cuerpo?
4. ¿Cómo descubrir el significado esponsal del cuerpo?

5) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con la *ruminatio* del Evangelio del domingo siguiente que hacemos en familia. Se trata de rezar juntos la oración que San Juan Pablo II escribió para el sínodo de la familia de 1980, encomendando todas nuestras intenciones familiares a la intercesión del santo.